

- Lisez les textes suivants. Sont-ils des traductions ? Justifiez vos réponses.

Texte 1

recir que sepa el nombre de Firmenich, el jefe de los Montoneros, e incluso la letra de la marcha de la Juventud Peronista, de memoria. A mí ya me explicaron todo. Yo he comprendido y voy a obedecer. No voy a decir nada. Ni aunque vengan también a casa y me hagan daño. Ni aunque me retuerzan el brazo o me quemem con la plancha. Ni aunque me claven clavitos en las rodillas. Yo, yo he comprendido hasta qué punto callar es importante.

*

Por fin llego a casa de mis abuelos. Una vez más, me recibe la voz de Julio Sosa. Mi abuelo escucha tangos cada mañana, antes de partir a Buenos Aires, donde tiene su estudio.

Mi abuelo es abogado, pero no se ocupa de política. No, él no quiere líos. Desde siempre ha defendido a contrabandistas, estafadores, ladrones de todo tipo. Siente una profunda ternura por esos "atorrantes" que le suelen profesar, en reciprocidad, una especie de devoción fraternal. Es verdad que una vez uno de ellos, huésped temporario de su casa, desapareció llevándose con él la bañadera. Pero aquí nadie detesta a otro por haber caído en la tentación. Era una bañadera hermosa, toda de mármol, una verdadera pieza para coleccionistas. Prueba, sin duda, de que conocía su oficio.

Pero por lo demás, de esos muchachos (más allá del disgusto de haber tenido que conformarse con la ducha

y de ver esfumarse unos cuantos objetos de valor, aquí y allá), no hay nada que temer. Él siempre ha pensado que los pequeños tráfugas son "hombres de honor". Salvando ciertas tribulaciones más bien cómicas, cuyo divertido relato, siempre enriquecido de circunstancias y pormenores nuevos, corona casi todos los almuerzos dominicales (las numerosas hermanas de mi madre se libran, a lo largo de la tarde, a verdaderas justas oratorias: a ver quién describe con mayor gracia el papel disparatado que uno u otro de estos sinvergüenzas han osado interpretar en la casa de su protector, cuando éste tuvo la gentileza de recibirlos); más allá de eso, digo, nadie ha tenido jamás de qué quejarse. Por el contrario: si no se van con una bañadera bajo el brazo, están dispuestos a volverse útiles en caso de necesidad —son expertos en el bricolaje de lo cotidiano, virtuosos componedores de la dura existencia—. Pero tampoco ellos tienen nada que ver con la política. No quieren poner el mundo patas arriba. Solamente hacer malabares con las cosas como son. Lo que da miedo a mi abuelo son aquellas personas que quieren cambiar todo.

*

Nos disponemos a salir para la escuela, con mi tío Luis, el hermano menor de mi madre, mi abuela y mi tía Sofía.

Sofía es una enferma mental, pero eso no se dice. Es como una niña. Apenas sabe escribir.

Texte 2

La semana siguiente, la correspondencia se retrasó. Ya estaba por llegar Elena y él caminaba, de un extremo a otro, pensando que no tendría qué exhibir sobre la mesa, no tendría amigos con los cuales deslumbrarla, piezas de un pasado que podía obligarla a la verdad. Saltaba a la vista que sin la irrupción de las cartas no podría saber si había otros. La promesa del viaje era insuficiente. Ese elemento exterior, un señuelo de causas indescifrables, era esencial para incitarla. Sin las cartas todo se tornaría inmóvil como antes: sospechas enterradas, puntualidad asfixiante, prolijidad en el ritual amoroso... En definitiva, no peligraría el placer y tampoco existiría la posibilidad perturbadora de incrementarlo. Estaba a tiempo de elegir. Podía resolver la situación de inmediato, buscar un desenlace, o dejar que las sospechas fueran diluyéndose hasta que las cartas ya no llegaran. Porque algún día, no sabía si ese viernes, el otro, o el siguiente, se interrumpirían. El ciclo debía tener la fugacidad de un animal en la tierra.

El portero eléctrico sonó. Deseó que no fuera Elena. A esa altura de los hechos no podía darse el lujo de dar un paso en falso. Sabría acerca de los otros a cualquier precio, se recuperaría del traspie, incluso a costa de falsificar las cartas. Era ella. Mientras bajaba a abrir, Gri-lo sintió la náusea pellizcándole el estómago, la incomprensión, el aturdimiento que sobreviene cuando se nos comunica la muerte de un ser querido. ¿Qué quería? ¿A dónde pretendía llegar? ¿Falsificar las cartas sería un exceso, una trampa indigna para forzar el destino? ¿Si

Texte 3



Majencio el mago

Todos los compañeros estábamos invitados a merendar en casa de Majencio, y eso nos extrañó, porque Majencio nunca invita a nadie a su casa. Su mamá no quiere; pero nos explicó que su tío, el que es marino, aunque yo creo que es una mentira y que no es marino, le ha regalado una caja de magia, y no es nada divertido hacer magia si no hay nadie que mire, y por eso la mamá de Majencio le permitió invitarnos.

Cuando llegué, todos los compañeros estaban allí, y la mamá de Majencio nos sirvió la merienda: té con leche y tostadas; no muy formidable. Todos mirábamos a Alcestes, que se comía los dos bollitos de chocolate que se había traído de su casa, y es inútil pedirle, porque Alcestes, que es un buen compañero, os prestará lo que sea, pero a condición de que no sea comestible.

Después de merendar, Majencio nos hizo entrar en el salón, donde había puesto las sillas en fila, como en casa de Clotario cuando su papá nos hace guiñol; y Majencio se puso detrás de una mesa, y en la mesa estaba la caja de magia. Majencio abrió la caja; estaba llena de cosas, y cogió una varita y un dado muy grande.

—¿Veis este dado? —dijo Majencio—. Aparte que es muy grande, es como todos los dados.

—No —dijo Godofredo—; está hueco, y dentro hay otro dado.

Majencio abrió la boca y miró a Godofredo.

—¿Y tú que sabes? —preguntó Majencio.

—Lo sé porque tengo en casa la misma caja —contestó Godofredo—; me la regaló mi papá cuando me pusieron un seis en ortografía.

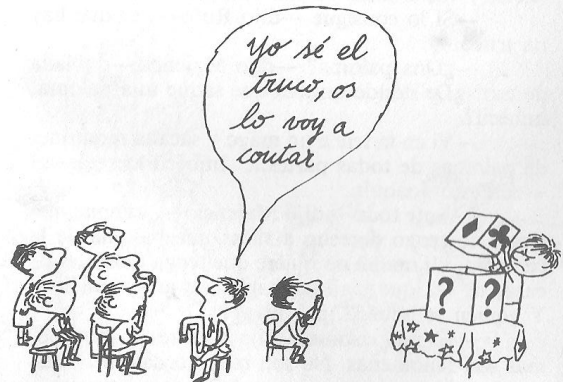
—Entonces, ¿tiene truco? —preguntó Rufo.

—¡No, señor! ¡No tiene truco! —gritó Majencio—. Lo que pasa es que Godofredo es un cochino embustero.

—¡Claro que está hueco tu dado! —dijo Godofredo—, y como repitas que soy un cochino embustero, ¡te ganarás una torta!

Pero no se pegaron, porque la mamá de Majencio entró en el salón. Nos miró, se quedó un momento, y después se marchó, lanzando un suspiro y llevándose un jarrón que había encima de la chimenea.

A mí me interesó el asunto del dado hueco, y me acerqué a la mesa para verlo.



Texte 4

96

Al principio, la primera semana, Ramonazo volvía exhausto cada anochecer a la pensión, con los zapatos manchados de polvo o de barro y la barba ya ensombreciéndole la cara con un periódico doblado bajo el brazo en el que había subrayado ofertas de empleo y anotado en los márgenes direcciones, nombres y números de teléfono, y como aún le quedaba algo de sus ahorros y era muy proclive, con respecto al dinero, a una mezcla del exhibicionismo y de generosidad, me decía que iban a llamarlo para trabajar al día siguiente, y que teníamos que celebrarlo, y me llevaba a alguno de los mesones que había conocido a través de su novia prochina o a un bar de la calle Leganitos que le había enseñado yo y en el que daban, por diez pesetas, un bocadillo tremebundo de tocino asado al que llamaban "un zagal". Yo notaba en él ese exceso de energía nerviosa que despierta Madrid en los recién llegados, esa insensata predisposición de novedad que al principio lo intoxica a uno y lo enerva mientras camina por las calles como si estuviera respirando un aire de alta montaña; iba a colocarse enseguida, iba a fundar un sindicato clandestino, iba a irse a vivir a una comuna con aquella chica a la que yo aún no conocía, iba a volver a nuestro pueblo cargado de dinero dentro de unos años para avergonzar y humillar a su padre, que había intentado darle una bofetada cuando le dijo que se marchaba a Madrid.